





21.

Nix: el devorador de luz

Tras la pesadilla oscura, Luna fue reconocida como líder venerada por su tribu. La victoria sobre Cabeza de Cerdo le había otorgado respeto y legitimidad; no en vano, juró proteger a los suyos y hacer hasta lo imposible por evitar la catástrofe que profetizaban las Hermanas de la Luz. Su vida, desde entonces, estuvo dedicada al entrenamiento junto a las doncellas del templo, pues su maestra consideraba que debía culminar su formación antes de emprender la misión encomendada por Selene. Aunque la paz reinaba de forma temporal, Luna sabía que los Asuras seguían acechando, conspirando desde las sombras para traer la Gran Noche Eterna.

Un día, un torbellino de energía incontrolable se formó sobre un pueblo cercano a Selénica, succionando todo a su alrededor con una fuerza sobrenatural. Los habitantes, aterrorizados, huían mientras veían cómo la realidad perdía su color. Dos dimensiones parecían colapsar en una sola, ya que el torbellino devoraba la belleza del universo para alimentar el vacío de su ego corrompido. Todo se tornó gris, apagado, como un sueño lúgubre del que no se podía despertar, donde el dolor era real y la desintegración irreversible.

Los sobrevivientes, atónitos, comenzaron a susurrar el nombre de “Nix, el Devorador de Luz”. Algunos lo llamaron monstruo, demonio, ángel caído, bestia del inframundo... pero la verdad era más compleja. Nix era

uno de los Asuras mencionados en la profecía: entidades sobrenaturales que, esclavizadas por sus emociones, habían rechazado su luz para servir a los dioses del inframundo. Tras siglos de encierro, ahora comenzaban a liberarse.

Un anciano terrateniente, conocedor de las leyendas de Luna, envió a su hijo mayor en su mejor corcel a pedir ayuda, esperando no perder todo por lo que había luchado. Luna, aunque valiente, dudó. A pesar de haber vencido a Cabeza de Cerdo, esta nueva amenaza le parecía inconmensurable, y el miedo se le aferraba al estómago. Pensó en el Grimorio, el antiguo libro de hechizos. Sentía que en él podría estar la clave para enfrentar al Asura, pero temía repetir los errores del pasado. Además, tenía otra misión pendiente: encontrar a Emanuel y traer de vuelta a Calanthir. Temía que enfrentar a Nix la alejara de un propósito mayor.

Wacari, su mentora, la observó con ojos sabios y le habló con firmeza:

—Por razones que aún desconocemos, Selene te eligió como su portadora. Este Asura no es una coincidencia, es una prueba de tu destino.

Aún así, Luna vacilaba. Temía lo que podía desatar el Grimorio; entonces, Wacari la condujo hasta la catacumba donde el libro sagrado reposaba sellado, y juntas caminaron hacia el cementerio Momoa.

—¿Cuántos más deben morir? —le preguntó Wacari, con preocupación—. Cuando llegues, quizá no quede nada. Si este Asura te busca, destruirá todo a su paso. No se trata de valentía. ¡Es tu responsabilidad!

—Pero... —susurró Luna, apretó la mandíbula e intentó contener sus lágrimas; sin embargo, la angustia era evidente.

Wacari la abofeteó con fuerza. Luego la abrazó y le dijo:

—Llora lo necesario. Después, pelea. Selene te dio su bendición, pero si tu corazón no es puro, el Grimorio te traicionará... como lo hizo con Cabeza de Cerdo.

Con el libro en mano y la bendición de la diosa en su espíritu, Luna partió junto a un grupo de doncellas y cabalgaron dejando atrás la

seguridad del templo Momoa. Sin embargo, no llegaron muy lejos. Ya en las afueras del pueblo, encontraron un paisaje desolador, en donde todo estaba en ruinas. Casas, árboles, ganado y objetos flotaban, absorbidos por la fuerza del torbellino. El cielo rugía y el aire era denso, cargado de muerte. Luna sintió cómo la energía se descomponía y cómo las dimensiones tonales colapsaban.

Tan pronto abrió el Grimorio, una cálida luz solar iluminó su rostro. Mientras recitaba los primeros encantamientos para sellar las grietas dimensionales, las doncellas formaron un círculo protector y entonaron oraciones en lengua ancestral para fortalecer su energía vital. Pero Nix percibió su presencia y redobló su ataque. Una oleada de energía gris los golpeó, al tiempo que una de las doncellas fue alcanzada, quién gritó de dolor antes de desintegrarse ante los ojos de sus compañeras.

Luna vaciló; el terror la paralizó. Pero entonces, la voz de Wacari resonó en su mente: “tu corazón debe permanecer puro”. Con renovada fuerza, cerró las primeras grietas y algo del color volvió al mundo. Enfurecido, Nix descendió del torbellino, revelando su verdadera forma. Un ser de sombras, repleto de ojos y bocas de todo tipo, que se movían en todas las direcciones de forma independiente, hambrientos por devorar todo a su paso.

Luna comprendió que debía enfrentarlo directamente y suplicó a Selene su orientación. Las páginas del Grimorio se agitaron hasta revelar el hechizo correcto. Luna empezó a recitar mientras la energía fluía a través de ella misma. Sentía un poder inmenso y su cuerpo temblaba; las visiones del pasado la golpearon con fuerza y llegaban a su mente: el rechazo de su tribu, la traición de Cabeza de Cerdo, el robo del Grimorio..., todo volvía para quebrarla.

Nix lo notó y rugió con sus ocho mil bocas, sacudiendo el cielo y la tierra. Varios brazos emergieron de su cuerpo, atraparon a tres doncellas y las desmembraron para alimentar sus bocas con sus cuerpos, como peces siendo engullidos. Al borde del colapso, Luna sintió que todo se perdía. De repente, algo se avivó en su interior y se aferró a su propósito; con un grito desesperado, completó el hechizo.

Después de un gran estruendo, un agujero negro se abrió en el cielo. La gravitación cambió y todo comenzó a elevarse: la tierra, las rocas, los árboles, los escombros, todo... Nix rugió de nuevo y sus ojos viraban con furia; pese a que trató de aferrarse a cuanto pudo, fue inútil; pues el vórtice lo absorbió. El estruendo fue tan fuerte, que Luna también fue arrastrada, pero en un último acto de fe, invocó la bendición de Selene y con un golpe final, selló el portal y expulsó a Nix a otro plano dimensional.

El mundo recuperó el poco color que quedaba, al tiempo que la desintegración se detenía. Los aldeanos, testigos del milagro, se arrodillaron en gratitud. Luna, temblorosa, también cayó de rodillas, con El Grimorio destellante en sus manos.

Lejos de allí, en Boreth, Hefesto sintió un estremecimiento en su forja. El poder del agujero negro que Luna había invocado le era familiar, pero no comprendía el porqué. Hasta que un palpito de tormento, despertó recuerdos olvidados, memorias dolorosas que había ocultado para dejar de sufrir siglos atrás, cuando asesinó a su mejor amigo, Ishtar, y apretando su martillo murmuró:

—Ese poder... podría destruirnos.

Sabía que Luna se estaba convirtiendo en una amenaza real, pero aún no actuaría porque consideraba que le faltaba aprender demasiado. En cambio, ordenó a la Hermandad redoblar esfuerzos para encontrar los Fragmentos Eternos. Su plan dependía de ellos.

De regreso en las Ciudades Gemelas de Ceres y Windom, Luna reunió a su tribu y a las doncellas del templo para compartir todo lo que había aprendido. Las Hermanas de la Luz, en una nueva visión, le revelaron la ubicación de los Fragmentos Eternos:

- El Ojo Blanco, en posesión de un joven monje en Temerant.
- La Lágrima de Cristal, en manos de la Hermandad.
- Otro fragmento, viajando por los mares de la Ruta del Sol.
- Los dos fragmentos divinos restantes, ocultos en sus respectivos reinos: el de la luz y el de la oscuridad.

De inmediato, Luna comprendió que reunirlos era la única forma de evitar la Gran Noche Eterna. Pese a que aún no sabía quiénes eran sus verdaderos aliados ni cómo encontrar a los Maestros Encarnados de la profecía, su fe ya no temblaba; pues había resucitado como una heroína. Ahora, como líder indiscutible, envió mensajeros en las cuatro direcciones, ya que el continente estaba dividido por las Guerras Santas, y reunir a los reinos sería una hazaña. Aun así, solicitó también ayuda a la Hermandad, maestros ancestrales de las artes místicas, sin saber aún de qué lado estarían cuando llegara el día decisivo.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacía un nuevo viaje.

